

“La Nuestra” y “Las Aliadas”

Sistematización de una experiencia de fútbol femenino en la Villa 31

La sistematización de la experiencia realizada por el colectivo Co.Co.In conjuntamente con la Asociación Civil “La Nuestra Fútbol Femenino”, fue presentado en el Concurso Nacional de Proyectos de investigación y Sistematización de la experiencia Edición 2014, del Observatorio Nacional del Deporte y la Actividad Física, dependiente del Consejo Nacional de Políticas Sociales. Dicha sistematización fue galardonada con el Primer Premio en la categoría “Sistematización de la experiencia” y mantiene las pautas de presentación solicitadas a esos efectos.

I. REGISTRO DE LA EXPERIENCIA

Desde principios de 2014, el colectivo Co.Co.In viene realizando un proceso de sistematización junto con la asociación civil “La Nuestra Fútbol Femenino” sobre el proyecto de fútbol femenino que ésta sostiene en el Barrio Padre Carlos Mugica-Villa 31 de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

El presente trabajo de sistematización se sitúa en el marco de una epistemología crítica que, superando los enfoques clásicos, aporta a la construcción de conocimientos que devienen de y se producen en las prácticas sociales y los sujetos que las desarrollan, en lugar de una teoría lejana. Se entiende, pues, que la experiencia desarrollada por La Nuestra, en tanto práctica, condensa una enorme reserva de saberes que producen conocimientos promotores de transformaciones en diversos órdenes (Gagneten, 1987).

En tanto la sistematización plantea una metodología de investigación participativa, el objetivo de la misma fue construyéndose conjuntamente entre el equipo de sistematización y la organización. Guiaba el objetivo de construir un relato propio desde el cual poder comprender, interpretar y producir cambios en la práctica que desarrolla La Nuestra a fin de mejorar la calidad del proyecto, fortalecer los procesos de empoderamiento y autonomía como así también para habilitar la posibilidad de réplica del proyecto en los lugares donde fuera demandando, atendiendo a la singularidad de sus participantes y su contexto.

Esta sistematización es entendida, también, como un proceso de intervención comunitaria hecho desde una perspectiva de género, intercultural e intergeneracional, que busca eliminar vínculos y relaciones de poder desiguales y favorecer la transformación positiva de nuestras realidades como mujeres. En relación a esta cuestión recuperamos la reflexión de Lorde:

“Las que estamos fuera del círculo de la definición que esta sociedad da de mujeres aceptables, las que hemos sido forjadas en las encrucijadas de las diferencias- las que somos pobres, que somos lesbianas, que somos negras o que somos más viejas-sabemos que la supervivencia no es una habilidad académica. Es aprender como estar en pie sola, impopular y a veces vilipendiada, y cómo hacer causa común con esa otra gente identificada como ajena a las estructuras, con el fin de definir y buscar un mundo en el que todas nostras podamos prosperar. Es aprender cómo acoger nuestras diferencias y convertirlas en potencias. Porque las herramientas del amo no dismantelarán nunca la casa del amo. No permitirán ganarle provisionalmente a su propio juego, pero jamás nos permitirán provocar auténtico cambio. Y este hecho solo

resulta amenazador para esas mujeres que todavía definen la casa del amo como su única fuente de apoyo”. (Lorde, 2003).

En cuanto a la metodología, se definió como encuadre la modalidad de taller, definido como un tiempo-espacio para la vivencia y la reflexión, pero también para la conceptualización como síntesis del pensar, sentir y hacer en un marco particular (Carballeda, 2008). El espacio taller remite a la articulación entre la acción-reflexión, a la articulación entre lo real y lo subjetivo, tanto para las participantes como para Co.Co.In., tanto en términos singulares como colectivos.

De este modo, entendemos que:

“Cuando en un taller todos elaboran e intervienen en la construcción colectiva del conocimiento y en sus implicancias prácticas, la participación se transforma en protagonismo. El protagonismo y la autogestión son dos objetivos de esta concepción de taller... El taller es un dispositivo con una estructura particular, pero también es una actitud de quien coordina y de quienes participan. Es sobre todo poner en juego los vínculos para construir algo nuevo, que a priori, no se sabe qué será... La construcción colectiva y la cooperación son claves para estos vínculos” (Algava, 2009).

Para los talleres se consideró fundamental definir un proceso de vinculación con las jóvenes habitantes del barrio a fin de abordar desde sus intereses las temáticas y problemáticas que atraviesan, tanto su práctica como también sus trayectorias de vida. Para ello se definió como espacio de encuentro semanal los días jueves, respetando el día, horario y encuadre mantenido por La Nuestra para las actividades del proyecto de fútbol femenino.

Se desarrollaron actividades centradas en dinámicas lúdicas y de reflexión

que permitieran el análisis y la puesta en común de las ideas, deseos, temáticas y problemáticas resonantes. Se definieron también instancias de evaluación del proceso, tanto en los espacios taller como en reuniones con el cuerpo técnico de la organización. Además, el colectivo Co.Co.In participó de actividades realizadas por fuera de la instancia taller de los jueves, como por ejemplo la organización de un torneo de fútbol de equipos femeninos.

En cuanto a las fuentes, inicialmente se recurrió a la lectura de material periodístico sobre el proyecto, la producción propia y el relato de las participantes y del cuerpo técnico. Pero al entender la sistematización como una metodología de investigación- participación, una fuente importante fueron los análisis, reflexiones y emergentes surgidos durante los espacios taller, garantizando así la presencia de la voz de sus propias participantes. Se trato en todo momento de un diálogo entre Co.Co.In. y La Nuestra; una articulación de deseos, objetivos, posibilidades, conflictos y acuerdos.

El eje fundamental: la dimensión política

Dada la singularidad de la experiencia de La Nuestra y de sus objetivos como organización, se consideró que el eje fundamental para articular la sistematización sea la dimensión política, que la atraviesa y constituye. Entendemos que se trata de un proceso de organización política a través de una práctica concreta (el fútbol), en la medida en que genera cambios en las relaciones de poder establecidas: así, el fútbol femenino rompe con estructuras culturales ligadas a la perpetuación de una práctica socialmente perteneciente a los varones.

Esta dimensión política de la práctica de fútbol se manifiesta a través de

diferentes dimensiones que permiten entender la potencia de este proyecto. Por un lado, genera la construcción de un lugar de pertenencia, lo cual es clave para el desarrollo de cualquier sujeto político al permitir la identificación primaria dentro de un grupo que se auto-reconoce y que no estigmatiza. A su vez, este grupo es el que se convierte en sujeto de acción, ya que incorpora la necesidad del surgimiento de un nuevo actor político que no solo modifica a las personas participantes sino que interviene en el contexto en el que participa.

Por otro lado, esta práctica deportiva resulta acción política por desarrollarse en un contexto de marcada desigualdad: en el fútbol se intensifica la discriminación que viven las mujeres por ser un territorio históricamente adjudicado y ocupado por los varones, y por tanto deviene un espacio en el que se refuerzan estereotipos negativos de género que determinan la posición subalterna de las mujeres en nuestra sociedad. En este marco histórico-cultural, el proyecto de La Nuestra colabora con el empoderamiento de sus participantes construyendo un acto revolucionario políticamente, en la medida en que a través de la práctica del deporte y la conformación de equipos de fútbol las mujeres no solo cuestionan un espacio ocupado históricamente por hombres sino que se constituyen como sujetos activos de cambio, ejerciendo poder y accionando sobre la realidad de su contexto. Así, a través del fútbol se intervienen las relaciones de poder y se las transforma.

Por último, cabe mencionar que a través de su participación en la práctica de fútbol femenino las mujeres que participan del proyecto han comenzado un proceso de autonomía política, entendida como la construcción de un pacto y un enunciado político que se ejercen en todos los ámbitos de la vida, y que exige hacer biografía,

etnografías, genealogías (Lagarde, 2005). Así, historizar la propia vida y la del colectivo de pertenencia permite tener un punto de partida, un reconocimiento, un resignificar propio y no dictado por otros.

II. RECUPERACIÓN DEL PROCESO REALIZADO

En el año 2006 un vecino del barrio Padre Carlos Mugica - Villa 31 por demanda de algunos padres y madres, incorpora a su equipo de fútbol a un grupo de niñas que querían jugar y carecían de ofertas de esparcimiento en el barrio. Estos entrenamientos que se realizaban en el espacio “El Galpón” (actualmente CIC-Centro de Integración Comunitaria), pronto fueron desdoblados y una entrenadora norteamericana se hizo cargo del entrenamiento de las niñas. Es al año siguiente, en el 2007, que Mónica Santino, Directora Técnica Nacional de Fútbol de ATFA, es convocada por la entrenadora para continuar con los entrenamientos y hacerse cargo de manera definitiva del equipo, bajo la órbita de la Asociación Civil Democracia Representativa, la cual asume la función de gestionar los fondos que existían hasta entonces para el equipo y que provenían de una ONG estadounidense. De esta manera se puso en marcha el proyecto “Goles y Metas para las Chicas”.

Así, unas ocho mujeres jóvenes del barrio comenzaron sus entrenamientos dos veces por semana en la cancha más importante del barrio, la “cancha Güemes”, usada históricamente casi con exclusividad para la práctica deportiva masculina y festejos comunitarios.

El proyecto, contó inicialmente con el apoyo de una psicóloga social para la creación de un espacio grupal tanto para reflexionar sobre la práctica deportiva, como

también sobre cualquier problemática que atravesara a las participantes, generando así un espacio de contención, de construcción colectiva y de pertenencia. Con el correr del tiempo la práctica se fue afianzando en el barrio y cada vez más mujeres se fueron sumando al grupo, incluyendo a otras directoras técnicas como Juliana Roman Lozano.

En el año 2008 surge la necesidad de formar la Asociación Civil “La Nuestra Fútbol Femenino”, con el objetivo de sostener un espacio para la práctica del fútbol femenino de gran calidad destinado a niñas, adolescentes y jóvenes habitantes de la Villa 31, pero también para que este espacio trascendiese lo deportivo y pudiese integrar espacios colectivos de reflexión sobre temáticas como salud, educación y cultura, asumidos desde una perspectiva de género.

Actualmente La Nuestra es una asociación civil conformada por un cuerpo técnico de cuatro directoras técnicas profesionales, quienes están a cargo de la coordinación de los entrenamientos y espacio grupal, y por las mujeres que participan del proyecto.

La articulación del espacio de entrenamiento con el grupal resulta novedoso en lo que respecta a la práctica del fútbol femenino. Este doble anclaje permitió generar un grupo de pertenencia entre sus integrantes lo que favoreció a la construcción de ciudadanía, a la visibilización del fútbol femenino en el barrio y también a la posibilidad de construir colectivamente estrategias para que esta práctica se sostenga y multiplique.

En este sentido, el proyecto pretende constituir al deporte como un ámbito de contención, reflexión y expresión de las mujeres que participan, permitiendo reforzar su

valoración personal, reconocer y cuidar su cuerpo, establecer nuevas relaciones, consolidar un grupo y favorecer la inserción profesional. A su vez, constituirse en el espacio desde el cual construir un lenguaje propio, una identidad característica para el fútbol femenino.

De este modo, el proyecto encuentra repercusión e impacto en la comunidad, situación que ha derivado en implicancias importantes para las mujeres del barrio, ya que el fútbol femenino cobró visibilidad y reconocimiento a través de varios logros fundamentales: en primer lugar, se logró contar con un espacio regular para el entrenamiento en la cancha del barrio Güemes, con días y horarios específicos. Esto representa la concreción de estrategias colectivas que asumieron las jugadoras para garantizar su derecho a jugar, pensando y poniendo en acción objetivos ligados a la práctica del fútbol, enfrentando estereotipos y prejuicios vinculados a un deporte que históricamente perteneció a los varones.

En segundo lugar, se logró la creación de un equipo de fútbol femenino estable, "Las Aliadas de la 31", el cual participó en 2009 de la "Liga de Fútbol por la inclusión social", en 2010, 2011 y 2012 de la copa "Homeless World Cup" celebradas respectivamente en Rio de Janeiro, Paris y México D. F., entre otros torneos y competencias desarrollados en la región y en el país, de los cuales participaron activamente.

En tercer lugar, la consolidación del espacio grupal significó el crecimiento personal e intersubjetivo de las participantes: La Nuestra representa un espacio que fue apropiado por las jóvenes, quienes siguen construyéndolo con su lenguaje, costumbres y presencia, al expresar y aprender nuevas formas de resolución de conflictos,

canalizando las diferentes problemáticas que viven desde su condición de mujeres jóvenes en situación de exclusión social, como también, generando identidad y pertenencia, aportando a la construcción de una identidad propia para el fútbol femenino. Por otro lado, al consolidar el espacio físico y simbólico, la cancha de Güemes se convirtió en semillero de jugadoras menores que acudieron a exigir su lugar para jugar a partir de ver garantizado ese espacio por las mayores. Es de esta manera que desde el 2012 La Nuestra ha consolidado un espacio para el fútbol donde actualmente alrededor de 60 niñas participan también de entrenamientos y competencias diseñados específicamente para ellas.

En el año 2014 comienza a evidenciarse la necesidad de un salto cualitativo por parte de La Nuestra. Surge así la decisión de comenzar un proceso de sistematización de la experiencia, para poder –entre otros objetivos- poner en evidencia tanto las fortalezas que constituyen su potencia política, como sus necesidades y obstáculos. Este proceso es asumido por Co.Co.In. e implementado en los talleres de los días jueves.

Se trata, por otro lado, de un momento que coincide con la necesidad de profundizar la dimensión política de la práctica, en tanto ejercicio de desnaturalización, problematización y teorización de la experiencia. Así, surge la voluntad de articularse con otros colectivos, consolidando acciones tendientes a construir redes, instalando una nueva lógica que permitió trazar objetivos comunes al evidenciar la necesidad y reflexión de que la experiencia merece ser contada.

Asimismo, al articular con otros agentes barriales (como la mesa de gestión del CIC El Galpón y la mesa de delegados de la cancha de Güemes), La Nuestra

profundizó la construcción de lazos con otros actores comunitarios para generar espacios y dinámicas de transformación y mejora de la comunidad, posicionándose como un actor político que propone y sostiene una práctica autónoma en el barrio, producto de la visibilización y reconocimiento de su trayectoria dentro y fuera del mismo.

Por otro lado, la participación de La Nuestra del XXIX Encuentro Nacional de Mujeres en el año 2014, proponiendo el “Primer Encuentro de Mujeres que Juegan al Fútbol” en el marco del ENM, situó a La Nuestra como promotora de una red que propicia, incentiva y vincula otras experiencias de mujeres que juegan al fútbol a nivel nacional. Permitió también evidenciar colectivamente el modo en que ciertas problemáticas atraviesan a todas las mujeres que “piden cancha”.

En el marco de estos avances y a partir de esta experiencia de empoderamiento, las mismas jugadoras lograron organizar en septiembre de 2014 el torneo “Fútbol para todas” en la histórica Cancha Güemes, totalmente autogestionado y que contó con la participación de equipos de distintos barrios de CABA y Gran Buenos Aires. Así, ellas mismas lograron poner en práctica un funcionamiento colectivo que superó las dinámicas individualistas y ventajistas de las lógicas del clientelismo político, que hasta ese momento habían venido marcando la pauta en el manejo de la cancha del barrio. Esto significó un salto cualitativo en la visibilidad y reconocimiento de las mujeres de La Nuestra, tanto como jugadoras como organizadoras de los propios torneos.

Cada día son más las mujeres y niñas que se suman a esta práctica de fútbol femenino en la Villa 31. Práctica por la que ya han pasado desde los inicios del

proyecto más de 400 y de la que actualmente participan regularmente unas 40 niñas y 50 adolescentes y jóvenes.

III. INTERPRETACIÓN CRÍTICA

Comprender la experiencia desarrollada por La Nuestra supone un proceso de reflexión y politización (Tamburrino, 2007) del cual surgen cuatro componentes que resultan centrales en esta práctica: territorio, vínculo, cuerpo y lenguaje. Estos componentes están intrínsecamente relacionados con las cinco dimensiones de esta experiencia como práctica política enunciadas en el primer apartado, y pueden ser entendidos como la manifestación práctica y concreta de aquella teorización inicial.

La emergencia de estos elementos deviene de la reiteración y resonancia (Gagneten, 1987) con la que aparecen tanto en los relatos como en el hacer de las participantes de La Nuestra, representando nudos conceptuales que permiten interpretar la singularidad de la experiencia desde su carácter multidimensional, situacional y relacional (Lahitte, 2011).

Estos nudos conceptuales, en tanto surgen en el marco de una sistematización, representan “acontecimientos”. Los mismos pueden entenderse como una serie de acciones que representan una revolución simbólica en la medida en que alteran los códigos, lugares y relaciones establecidas, y que tiene como trasfondo la enunciación e identificación colectiva de experiencias comunes de dominación y opresión que construye modos diferentes de disputar sentidos, ocupar los espacios y visibilizarse públicamente, señalando también

un área de reflexión práctica desde la cual establecer una construcción de conocimiento alternativa (Alma y Lorenzo, 2009).

En consecuencia, pensar al deporte como un hecho social -y al fútbol jugado por mujeres como fenómeno social- permite comprender la experiencia de La Nuestra desde sus múltiples referencias y atravesamientos, develando el carácter político de esta práctica.

Territorio

Desde un enfoque socio-espacial (Buraglia 1998), resulta importante atender a la relación entre forma urbana y relaciones sociales, desde la cual es posible concebir al territorio como un "lugar" delimitado por lo real, lo subjetivo y lo simbólico, como una trama en permanente movimiento y construcción de subjetividad (Carballeda, 2008), no exenta de conflictos. En este sentido, el territorio se constituye en contenedor de cartografías y escenarios sociales, desde donde es posible situar geopolítica y culturalmente la experiencia de La Nuestra.

A su vez, los conceptos de resistencia y pertenencia se vuelven dos ejes centrales para ubicar este nodo conceptual como un "acontecimiento" en los términos antes descriptos, trazando como cartografía particular al fútbol jugado por mujeres y como escenario singular la cancha Güemes. Resistencia y pertenencia representan acciones estratégicas que fueron desarrollándose a lo largo del proceso de La Nuestra para poder ocupar la cancha, visibilizar su práctica y construir lazos. Su articulación da cuenta del anclaje comunitario y del horizonte político que intentan trazar y sus variaciones remiten a las diversas coyunturas atravesadas a lo

largo del proceso.

Es así que el proceso de resistencia remite a las estrategias que continúa sosteniendo La Nuestra para mantener los días y horarios de entrenamiento. Esto adquiere singular importancia si se considera que las mujeres que participan de La Nuestra conforman el único equipo en la Villa 31 que sostiene un entrenamiento en una cancha del barrio y que su cuerpo técnico está integrado por mujeres. En el marco del territorio, nos sitúa en una difusa cartografía donde un “no lugar” para las mujeres que juegan al fútbol es el común denominador.

Paralelamente, la idea de “conquista de la cancha” a la que aluden constantemente las jugadoras da cuenta de la inscripción en la subjetividad de este hecho, tanto para ellas como para los actores que conforman la trama compleja de relaciones en este escenario particular.

Es aquí donde se instalan una serie de disputas y conflictos que tienen como respuesta la resistencia por parte de las jugadoras, como la reacción por parte de quienes intentan obstaculizar la práctica. La “reacción” se vuelve indicador de la irrupción simbólica que representa esta experiencia, con imputaciones de sentido diferentes.

Lo que subyace a las tradicionales disputas políticas de lógicas clientelar-partidarias, desde distintas posiciones ideológicas, es la incomodidad que representa el hecho de que las mujeres están jugando un deporte considerado masculino en un espacio público, en lugar de asumir los roles asignados desde los estereotipos androcéntricos y heteronormativos. Desde la incomodidad que genera esta práctica es que se han sostenido acciones tendientes a desgastar la resistencia, sea

mediante interrupciones de los entrenamientos, cortes de luz, circulación de discursos contra las jugadoras o enfrentamientos físicos directos con las mismas.

En respuesta, las mujeres que integran La Nuestra han puesto el cuerpo y la palabra tanto dentro como fuera de la cancha, participando de diversos espacios comunitarios desde los cuales poder trazar relaciones con diversos actores comunitarios, gubernamentales y no gubernamentales, sea para articular acciones conjuntas o para disputar sentido y reclamar el derecho al juego. Esto denota el horizonte político de este colectivo de mujeres que intenta mediante el deporte, construir otros modos de pensar y habitar el territorio, incluyendo al fútbol para mujeres pero también trascendiéndolo, atendiendo al mismo como herramienta de promoción comunitaria.

En síntesis, el proceso de resistencia generó una transformación simbólica del territorio, estableciendo nuevos límites en dos direcciones: amplió las fronteras de la cartografía para el fútbol jugado por mujeres en la Villa 31, pero también trazó un límite para evitar la interrupción de la práctica.

La frase "ahora todos saben que la cancha es de la mujeres" (expresada por las participantes de los talleres de los jueves) condensa este acontecimiento, donde la continuidad de la práctica, la capacidad de resistir el espacio, la visibilidad construida y la difusión de la experiencia en otros ámbitos fuera de la cancha constituyen parte de las estrategias trazadas.

A su vez, estas acciones han permitido un reconocimiento paulatino de la experiencia, siendo alentada por diferentes actores que rescatan la importancia de la misma tanto como actividad deportiva como práctica política. Como hito es

posible señalar la entrega de la llave de la caja de luz de la cancha Güemes, (lo cual otorga autonomía y reconocimiento al uso de la cancha por parte de las mujeres) en el marco de la participación de La Nuestra en reuniones de delegados por la organización de la cancha y del CIC.

Asimismo, este reconocimiento vino por parte de las niñas que ya en 2012 demandaron un espacio para ellas donde entrenar. Esto indica otro hito en la visibilización y trayectoria de la experiencia de La Nuestra, sirviendo como ejemplo de esta nueva configuración simbólica.

Pero este andamiaje de resistencias se imbrica y sostiene desde otro proceso fundamental que es la pertenencia, eje desde el cual es posible pensar al territorio como espacio de encuentro, de anclaje comunitario y dimensión constructora de identidad, donde la propuesta de La Nuestra implica también una construcción alternativa de lazo social (Carballeda, 2008).

Identificar el proceso de pertenencia en este marco supone articular territorio, resistencias y vínculos, señalando otra de las dimensiones del acontecimiento, que construye un modo diferente de estar, una irrupción constructora en términos intersubjetivos, que interpela y atraviesa a las mujeres, que evidencia esta cartografía del “deseo” de jugar al fútbol y hacer las acciones necesarias para materializarlo.

Paralelamente, resulta un posicionamiento político de La Nuestra el desarrollar una práctica social territorializada, disputar un espacio donde el “no lugar”, tanto material como simbólico, es una constante.

En definitiva, es posible enunciar en la lógica de La Nuestra una práctica que por

decisión política tiene un anclaje territorial, instala una disputa en esa trama compleja trazada por acciones que corren las fronteras establecidas para las mujeres en general y para las mujeres que quieren jugar al fútbol en particular.

Vínculos

Continuando con la lógica del acontecimiento, es posible señalar que La Nuestra se configura como un espacio donde las mujeres pueden habitar con otras sus vidas, sus cuerpos, sus sueños, sus palabras. Los entrenamientos y el espacio grupal, como dos momentos articulados pero diferenciados, facilitan la construcción de La Nuestra como lugar de pertenencia, como experiencia propia y colectiva. Así, la construcción de lazos sociales, de grupalidad, de una identidad común que no invisibilice las singularidades atraviesa la experiencia, complejizándola.

Por tanto, el proceso de pertenencia al que se hacía alusión anteriormente guarda correspondencia con lo antes dicho y supone un acontecimiento en tanto ha consolidado y motorizado acciones de diversa índole.

Por su inscripción territorial y por las posibilidades de encuentro que habilita, La Nuestra como práctica social favorece la construcción –dentro y fuera de la cancha- del lazo social, el cual se expresa en la vida cotidiana de las mujeres que participan, impregnado de los significados que en él se van configurando.

Paralelamente, la configuración del espacio grupal vinculado a la noción de equipo de fútbol fue construyendo un encuadre particular desde el cual se fueron abordando diversas tareas. Es posible pensarlo como un área de reflexión práctica desde la cual poder enunciar y problematizar los múltiples atravesamientos tanto

de la experiencia como de las trayectorias de vida de las mujeres que participan (Cazzaniga, 1998)

Su condición de acontecimiento deviene también de la posibilidad de pensar lo social a partir del peso simbólico en la materialidad de las vidas humanas (Lamas, 1996), develando que lo personal es político. La trama vincular no está exenta de conflictos y de modalidades diferenciales de circulación de poder, de encuentro y desencuentro, de funciones asumidas o adjudicadas. Pero lo que interesa señalar es que en tanto el conflicto es abordado y politizado se constituye en motor de interpelaciones y transformaciones vinculares. Según sus dichos “lo de la cancha, queda en la cancha y el equipo se cuida”. Más allá de los vínculos interpersonales, la creación de un equipo de fútbol, la definición de “códigos” entre compañeras, el cuidado frente a las otras, son indicios de esta configuración grupal.

En este proceso es que lo íntimo se vuelve colectivo y lo colectivo destituye la ajenidad. Las “otras” próximas pero inciertas se vuelven “nosotras” diversas, distintas, pero “nosotras”. Tanto la denominación “La Nuestra” como “Las Aliadas” dan cuenta de estos procesos vinculares de implicancia y correlación, en los que se pone en movimiento un juego desde el cual trazar nuevas significaciones y construir otros sentidos colectivamente. Donde el “crecer juntas” en un lugar de pertenencia creado por ellas y el equipo técnico, configura nuevos modos de pensarse como agentes sociales singulares como así también como colectivo.

Ejemplificando esta cuestión, es posible señalar como hito la realización en septiembre de 2014 del torneo “Fútbol para todas”, tras cinco años de no poder realizar un campeonato de fútbol para mujeres autogestionado por ellas. Parte de

los obstáculos que habían verbalizado hasta entonces guardaban relación con tensiones en la relación a otros actores que se arrogaban la gestión de la cancha Güemes, lo que remitía a una larga lista de frustraciones e intentos fallidos por realizar el campeonato propio. Finalmente, y mediante una serie de talleres que habilitaron la emergencia y urgencia del derecho a jugar y la posibilidad de ejercerlo, la imposibilidad mutó en posibilidad y necesidad de organizar un torneo. Uno de los elementos que operó como habilitante de este deseo tuvo que ver con la puesta de límites enunciada por el cuerpo técnico, al negarse a participar del armado del torneo. Con ese corrimiento, los papeles quedaron en manos de las jugadoras que asumieron el deseo de pensar en la organización del torneo y, como metáfora de lo que terminó aconteciendo, materializaron la realización del mismo, contando con el cuerpo técnico y con otros referentes como soporte y red. Esto devela el interés y la capacidad para diseñar y sostener estrategias que convocan a las jugadoras desde su deseo de jugar y de construir otros horizontes posibles, plantándose como referentes legítimas de una práctica que sostienen.

En este contexto es interesante resaltar la experiencia de Co.Co.In durante el desarrollo de los talleres. Inicialmente, como "otras" ajenas a la cotidianeidad y la historia del grupo, Co.Co.In. pertenecía a la larga lista de actores que se habían acercado previamente a la experiencia. Arribando a la mitad del año en curso, en el marco de una actividad donde se presentaban los Encuentros Nacionales de Mujeres, surgió la inquietud de las jugadoras respecto a la permanencia de Co.Co.In. en el espacio: planteaban que no entendían qué hacíamos ahí, por qué después de varios meses seguíamos yendo todos los jueves a dinamizar los

talleres, relatando que había pasado mucha gente por el espacio y que nunca se habían quedado, que se iban sin avisar, que a veces la forma que ellas tenían de tratarse no gustaba a otros. Frente a tantas preguntas que tenían propusieron hacernos ellas una suerte de entrevista en un encuentro posterior.

Se evidenció entonces un viraje en el proceso de vinculación: se había generado el encuentro, ya no éramos ajenas a La Nuestra. Esto no significó una fusión de las identidades de cada colectivo, sino la instancia que multiplica el lazo, que subvierte un orden e instala en la inquietud un modo de encontrarse desde otro lugar que no sea la diferencia sino la diversidad (Rojas, 2005).

Desde esta mirada, otro de los elementos claves y sintetizadores de este movimiento de apertura y articulación está representado por la participación de La Nuestra en el XXIX Encuentro Nacional de Mujeres realizado en Salta en octubre de 2014. En el marco del mismo, se logró desarrollar un torneo relámpago que puso a jugar distintos equipos de fútbol de mujeres, propiciando un encuentro desde el juego y la reflexión, a fin de poner en común colectivamente las distintas trayectorias grupales, los problemas que las atraviesan, sus similitudes y diferencias según los contextos y las finalidades.

Materializar el encuentro implicó ampliar el territorio desde el cual se estaba mirando y trazar nuevas cartografías.

En síntesis, los vínculos y lazos se instalan como acontecimientos en esta práctica en tanto son portadores del juego subjetivo e intersubjetivo que se despliega en esta experiencia, habilitando la posibilidad de repensarlos y ponerlos a jugar desde una lógica de la multiplicidad y la diversidad.

Cuerpo

El fútbol pensado como una práctica corporal al ser jugado por mujeres pone en discusión diferentes aristas de las construcciones sociales hegemónicas.

Las relaciones de poder que perpetúa el patriarcado se inscriben también -y sobre todo- en las corporalidades de los sujetos sociales, definiendo de esta manera sus posiciones identitarias de género, clase, etnia, etc. Las microfísicas del poder (Foucault, 1994) se filtran en las construcciones más íntimas convirtiendo los cuerpos de las mujeres en territorios en disputa en los cuales y sobre los cuales se ejercen prácticas disciplinantes y condicionantes propios de la cultura patriarcal.

Sin embargo, ante estos "cuerpos dóciles" sobre los cuales se plasman formaciones discursivas hegemónicas, surge el carácter activo y transformador de las prácticas corporales, promovido por una idea de cuerpo que, en tanto agencia, confronta, resiste y es capaz de crear prácticas alternativas a estos modelos hegemónicos.

Se podría pensar el fútbol jugado por mujeres como un nuevo entorno, como el entorno inestable; lo corporal disidente, un patrón alterado del uso hegemónico del cuerpo que permite, a través de la práctica, transformar los esquemas incorporados.

Subyace a esta idea la noción de que las representaciones colectivas como las de género y clase se correlacionan siempre con patrones de uso del cuerpo generados dentro del "habitus" (Bourdieu, 1988) . En consecuencia, las ideas estereotipadas y los hábitos culturales tienden a reforzarse el uno al otro, siempre y cuando permanezca estable el "entorno" en el que estas actitudes están arraigadas.

La experiencia de La Nuestra puede pensarse entonces como acontecimiento desde esta disidencia, donde el cuerpo se constituye en lo que abre al sujeto al mundo, y lo pone en situación (Merleau-Ponty, 1945), pero que en esta práctica en particular, supone la activación de resistencias político culturales frente a los intentos homogeneizadores de las estructuras de poder oficial (Bajtín, 1994).

El fútbol, de esta manera, al estar íntimamente ligado a la construcción de la masculinidad, y recubierto de conceptos inscriptos en la cultura patriarcal, representa una “técnica corporal” pensada como una “herramienta corporal a través de la cual” interpelar estas construcciones sociales.

Cada vez que una mujer decide ponerse los pantalones cortos y salir a la cancha lo que se considera como conceptos de “lo masculino” y “lo femenino” se pone en tensión, derribando creencias y mitos sostenidos la mayoría de las veces desde miradas patriarcales concentradas en la biología como principio ordenador de las diferencias entre los cuerpos. Se entiende a priori que un cuerpo de mujer debe estar preocupado por su estética según los patrones de belleza vigentes como preparado para la maternidad, lo cual lo somete a un cuidado donde no se podrían recibir lesiones ni golpes vinculados al deporte y en particular al fútbol. Desde allí surgen las premisas de “no te golpees, no corras, no uses tus piernas”, ideas que ya aparecen en los juegos de la primera infancia para diferenciar los sexos.

El fútbol practicado por mujeres echa por tierra todos estos conceptos inscriptos en la cultura patriarcal. Esta práctica al ser reapropiada, ejercida, disfrutada, amada, transformada, jugada por las mujeres, se inscribe en una lucha práctica, carnal, dinámica y colectiva por la transformación de la realidad en y a través de la práctica.

Rompe las reglas y deja circular por la cancha tantos cuerpos como mujeres hay, cada uno en su singularidad. Es el deporte que no necesita de cierto biotipo para poder practicarlo. Es en esa generosidad que el fútbol brinda, donde cada una encuentra su lugar, construye su imagen a gusto y encuentra su espacio en la cancha. Así, un cuerpo de mujer que habita la cancha y dentro del cual habita el fútbol es y genera un acto de anatomopolítica en términos de Foucault.

Desde este posicionamiento, La Nuestra se constituye como estrategia política disidente, interpelando los debates donde se plantea la conveniencia de promover el fútbol femenino desde una estética femenina socialmente aceptada, en detrimento del fútbol de las supuestas "marimachos" como la estética a ocultar o negar. La peligrosidad de estas nociones reside en su carácter estigmatizante, generando exclusión y clausurando la diversidad y multiplicidad de las identidades, al reforzar desde sus supuestos una mirada androcéntrica y heteronormativa.

Por tanto, la libertad que propone en sí misma la práctica deportiva, la pertenencia grupal y la fuerza de la construcción colectiva debe dar una respuesta contundente para luchar contra las violencias y dejar ser a todas las identidades múltiples y posibles.

Lenguaje

La Nuestra sostiene la necesidad de construir un lenguaje propio, una identidad característica para el fútbol jugado por mujeres, que atienda a los diversos contextos en los que se expresa y practica.

En este sentido, se evidencia en cada uno de los elementos analizados y en la trayectoria particular de este colectivo, la elaboración concreta de este lenguaje que se construye desde su anclaje territorial, vincular, corporal y discursivo.

Este lenguaje no es algo por venir, sino que está siendo. Por su carácter dinámico y multidimensional se vuelve un espacio pluripotente, y evidencia claramente su función constructora de sentidos que alteran los códigos existentes y disputan las nominaciones vigentes. Condensa así los variados acontecimientos identificados e interpretados anteriormente, en tanto permite integrar y hacer emerger la impronta singular de esta experiencia.

Por tanto, la necesidad de construir un lenguaje propio enuncia, por un lado, un distanciamiento de la idea de que fútbol jugado por mujeres pretende ser una copia del fútbol jugado por varones. En esta distinción subyace la politización de la práctica, que en lugar de negar las clausuras de sentido que operan sobre ella, las enuncia, denuncia y confronta, estableciendo una alternativa colectiva que abre posibilidades. La construcción de un lenguaje propio permite pensar en la transformación de discursos cerrados como espacios abiertos (Blisset, 2000), que permitan prácticas cuya experimentación haga cambiar en la experiencia de las jugadoras no solo lo que dicen sino también lo que hacen (Blisset, 2000).

En relación a esto, en los relatos de las mujeres se reiteran las modalidades que asumen los insultos en los discursos de los hombres y de otras mujeres respecto de las que juegan al fútbol: que no saben jugar, que las dejan ganar, que no pueden opinar porque no saben de lo que hablan (por ser mujeres), que mejor vayan a lavar los platos, que son marimachos, que son lesbianas, que están

descuidando sus hijos, sus estudios, la casa, etc .

Estas nominaciones y clasificaciones machistas que detentan los discursos dominantes quedan expuestas como tales luego del largo proceso realizado por La Nuestra que, mediante la idea de "construcción de lenguaje propio", promueve la desnaturalización de estas nociones, develando su carácter ficcional. Se plantea entonces la posibilidad de "rebelarse" y des-identificarse de estas ficciones, construyendo otras que no produzcan y reproduzcan violencia.

IV. CONCLUSIONES

Finalizando el año 2014, decidimos con la compañeras de La Nuestra-Las Aliadas que el mejor modo de decirnos "hasta luego" era jugando un partido de fútbol. Fue así que nos juntamos en la cancha del barrio y nos pusimos a jugar. Jugamos en un territorio singular, sostenidas por los vínculos y lazos sociales contruidos, con cuerpos diversos, expresando en ese acto un lenguaje particular. Devinimos "acontecimiento" y narramos colectivamente, entre pase y pase, nuestra multi-historia.

Por tanto, esta experiencia nos permite enunciar una serie de certezas político metodológicas. Consideramos fundamental un posicionamiento político desde la paridad/horizontalidad, que se hace explícito en la noción de proceso de sistematización que hemos planteado y que se funda en el respeto mutuo entre los colectivos que hemos encarado este proyecto. Es desde esta diversidad desde donde es posible trazar narrativas transformadoras.

Desde Co.Co.In. hemos enfatizado en la dimensión política de la práctica de La Nuestra dado que la visibilización de dicho eje destituye la obviedad de una meta historia normalizadora, propiciando procesos de autonomía singular y colectiva. Este recorte particular supone un posicionamiento político que, lejos de intentar ser una mirada romántica que excluye los conflictos y tensiones de esta práctica, pone énfasis en sus potencias.

La sistematización se ha constituido en una herramienta que incorpora para ambos colectivos una reflexión crítica de la experiencia, permitiendo analizar sus fortalezas y debilidades, para profundizar la praxis y establecer estrategias que permitan motorizar cambios en el plano singular y comunitario, extendiendo la cartografía del fútbol femenino a otros territorios donde se demande. Esto implica entender al deporte como un hecho social, reconociendo la particularidad deportiva y cultural que se expresa en el fenómeno social del fútbol jugado por mujeres.

En este sentido, la posibilidad de construir un relato propio, diferente a la práctica habitual del fútbol como espacio masculino obedece, en el caso de La Nuestra, a la doble implicancia simbólica y material de la praxis, que da cuenta de la necesidad de construir conocimiento útil tanto para la práctica que se desarrolla como para la experiencia general del deporte y la construcción de ciudadanía. La decisión de establecer tanto un espacio para el juego como un espacio de encuentro y reunión resulta una definición político-metodológica que genera y promueve un espacio de pertenencia, donde se repiensen y alteran las relaciones de poder existentes, posicionadas como sujetos políticos que evidencian y denuncian las distintas situaciones de discriminación y disputa que atraviesan las prácticas

cotidianas que viven las mujeres en un sistema capitalista y patriarcal. Es por tanto que consideramos que La Nuestra, a través del desarrollo del proyecto se ha constituido como actor político, que puede dialogar y disputar espacio y reconocimiento en su comunidad, constituyéndose en un referente identitario que habilita posibilidades, que permite alterar las nominaciones y clasificaciones dominantes.

No obstante, dadas las potencias señaladas, se instala una pregunta: luego de siete años ininterrumpidos de un proceso que permitió construir una práctica deportiva de calidad, motorizando procesos de autonomía política singular y colectiva, con reconocimiento dentro y fuera de su comunidad, ¿por qué se encuentra precarizada en espacio, tiempo y financiamiento? La escasez de espacios para entrenamiento, la dificultad para ampliar los horarios de los mismos y de los espacios taller, la dificultades de acceso a la salud, la falta de fondos para incentivo a jugadoras y entrenadoras (en forma de viáticos u otros recursos para la organización) generan desgaste y restringen materialmente las posibilidades de expandir la práctica en calidad y territorio. Fundamentalmente para una práctica situada que desea continuar en el territorio en el cual creció. Aún cuando las estrategias desplegadas colectivamente han habilitado una reserva de saberes y conquistas para la práctica del fútbol femenino en la Villa 31, lo que subyace a éstas son las constantes luchas por el reconocimiento como mujeres, jugadoras y ciudadanas, evidenciando las múltiples desigualdades y discriminaciones a las que se encuentran expuestas. Aún así, deciden cada martes y jueves sostener su práctica, ocupar la cancha y construir un lenguaje propio cargado de sentido. Deciden replicar la práctica en otros barrios, compartiendo su metodología y horizonte político. Deciden

articularse con otros colectivos, reflexionar, criticarse, re-descubrirse y crecer.

Prácticas como la de La Nuestra y Las Aliadas deben ser consideradas como una manifestación particular y novedosa del deporte en Argentina, que en un marco específico exige y busca garantizar el acceso a la práctica deportiva en poblaciones excluidas material y simbólicamente, apostando a la construcción de procesos de empoderamiento y autonomía, partiendo de una demanda de la comunidad. Exigiendo calidad en su recorrido, buscando visibilizar el fútbol jugado por mujeres como estrategia de lucha frente a las violencias de géneros.

En consecuencia, consideramos que la práctica de La Nuestra y Las Aliadas representa una experiencia valiosa y sirve como ejemplo a las instituciones pertinentes para profundizar las políticas públicas de deporte e integración social.

El recorrido que han marcado La Nuestra y Las Aliadas sea, tal vez, la demostración contundente de cómo el deporte deviene una institución que facilita el acceso y ejercicio de los derechos y, al mismo tiempo, que requiere de un fuerte compromiso social e institucional. Es, en definitiva, un ejemplo de las luchas populares en su defensa irrestricta de los derechos humanos, la justicia social y la construcción de ciudadanía

Bibliografía

ALGAVA, Mariano (2009) Jugar y jugarse. Las técnicas y la dimensión lúdica de la educación popular. Buenos Aires, América Libre.

ALMA, Amanda y LORENZO, Paula (2009) Mujeres que se encuentran. Buenos Aires, Feminaria Editoria.

BAJTIN, Mijail (1994) Estética de la creación verbal. México, Siglo XXI.

BEAUVOIR, Simone (2005) El Segundo sexo. Buenos Aires, Editorial

Sudamericana.

BOURDIEU, Pierre (1988) Cosas Dichas. Buenos Aires, Editorial Gedisa.

BOURDIEU, Pierre (2010) La dominación masculina. Barcelona, Editorial Anagrama.

BURAGLIA, Pedro (1998) El barrio desde una perspectiva socio-espacial. Hacia una redefinición del concepto. Ediciones Documentos Barrio Taller. Colombia, Serie Ciudad y Hábitat N°5.

CARBALLEDA, Alfredo (2008) Los cuerpos fragmentados. Buenos Aires, Paidós.

CAZZANIGA, Susana (2005) El abordaje desde la singularidad. Desde el Fondo, Cuadernillo 22

FOUCAULT, Michel (1994) Microfísica del poder. Planeta-Agostini. Buenos Aires.

GAGNETEN, María Mercedes (1987) Hacia una metodología de la sistematización de la práctica. Buenos Aires, Humanitas.

LAGARDE, Marcela (2005) Para mis socias de la vida. Madrid, Horas y horas.

LAHITTE, Leticia (2011) ¿Por qué la identidad es hoy parte de la agenda política y académica? Ficha de cátedra Antropología I. Carrera de Trabajo Social-UBA. Buenos Aires

LAMAS, Marta (1996) El género: la construcción cultural de la diferencia sexual. Coordinación de Humanidades-Programa Universitario de Estudios de Género UNAM. México

LORDE, Audre (2003) Mi hermana, la extranjera. Madrid, Horas y horas.

BLISSET, Luther Y BRÜNZELS, Sonja (2000) Manual de guerrilla de la comunicación. Virus Editorial.

MERLEAU-PONTY, Maurice (1945) Fenomenología de la percepción. Buenos Aires, Planeta-Agostini.

ROJAS, María Cristina (2005). Familia/s: del modelo único a la diversidad. Revista Topia Edición Julio

SANTOS, Antonio, BALIBREA, Enriqueta, et all. (2004) Mujeres en forma contra la exclusión. Valencia, Dirección General de la Mujer, Generalitat Valenciana.

TAMBURRINO, María Cecilia (2007) "Algunas herramientas conceptuales para

analizar fenómenos de Salud/Salud Mental”. Buenos Aires, Material de Cátedra Problemática de la Salud Mental en Argentina.